

LIBROS RECIENTES

LA POLITICA DE LA PSIQUIATRIA EN LA CUBA REVOLUCIONARIA

**Charles J. Brown
y Armando M. Lago
Transaction Books, New
Brunswick, N.J., U.S.A.**

Este libro de 220 páginas documenta y analiza veintinueve casos de disidentes políticos cubanos maltratados con prácticas y tratamientos psiquiátricos por el régimen de Castro. Los disidentes fueron internados en hospitales psiquiátricos en Cuba por ofensas políticas, como intentos de salida ilegal del país, distribución de propaganda enemiga, y forzosamente fueron sometidos a tratamientos de electrochoques y/o drogas psicotrópicas.

Algunos disidentes fueron diagnosticados como paranoicos esquizofrénicos, otros fueron diagnosticados como apatéticos al socialismo e inclusive aquellos diagnosticados como cuerdos todos fueron forzados a recibir electrochoques y tratamientos con drogas psicotrópicas. El libro identifica a los hospitales donde los maltratos y abusos fueron cometidos, incluyendo a las salas forenses Carbo-Serviá y Castellano del Hospital Psiquiátrico de La Habana, y a los médicos y ayudantes responsables. El libro concluye que la evidencia mues-

tra patrones de abuso y maltrato sistemático de los disidentes durante el proceso de interrogación o como castigo por comportamiento y actitudes antigubernamentales mientras estaban reducidos a prisión. Este proceso sistemático de abuso y maltrato de los disidentes usando tratamientos psiquiátricos es dirigido y controlado por las agencias de seguridad y policía política de Cuba, las cuales están en control de las salas forenses en los hospitales psiquiátricos. El libro incluye una introducción escrita por Vladimir Bukovsky, el famoso disidente ruso que fue internado por cinco años en los hospitales psiquiátricos especiales administrados por la KGB soviética, comparando y encontrando mucha similitud entre las prácticas soviéticas y cubanas de maltrato y abuso de la psiquiatría con fines políticos.

**EL PODER DE
LAS IMAGENES**
David Freedberg
Cátedra Madrid, 1992

**HISTORIA DE
LAS IMAGENES**
Manlio Brusantin
Julio Ollero Madrid, 1992

Por cosas del azar acaban de publicarse simultáneamente en Espa-

ña dos interesantes libros, de orientación complementaria, sobre el tema de las imágenes, habiendo sido editados ambos por primera vez en su lengua original también en el mismo año, 1989, lo que, además de reforzar el nexo casual que circunstancialmente los relaciona, nos indica que son dos investigaciones recientes. Me estoy refiriendo a *El poder de las imágenes*, del norteamericano David Freedberg, y a la *Historia de las imágenes*, del italiano Manlio Brusantín, ambos historiadores del arte académicos, pero asimismo preocupados por las imágenes desde sendas perspectivas críticas no convencionalmente asociadas con la práctica más habitual de esta disciplina.

Entre todas las coincidencias que hemos ido señalando, quizá sea esta última la que posea mayor interés, pues esta cuestión de las imágenes parecía monopolizada por los iconólogos, en primer lugar, y en segundo por los psicólogos del arte. Evidentemente, ni Freedberg ni Brusantín pueden ignorar las aportaciones de estas metodologías, pero hay que elogiar que no se hayan querido limitar al campo acotado de las *imágenes artísticas*, ni, por supuesto, a las perspectivas críticas establecidas. En cualquier caso, y con ello ya se puede señalar esa diferencia que hace complementarios a sus trabajos, Freedberg se orienta más hacia la antropología y la sociología, mientras que Brusantín lo hace hacia la teoría y la interpretación filosófica.

Para una humanidad constituida hasta nuestra época mayoritariamente por analfabetos, el poder de las imágenes era, sin duda, absoluto. Por otra parte, estas imágenes que históricamente sirvieron, la mayor parte del tiempo en régimen casi de

monopolio, como la fuente fundamental de transmisión de información y, por tanto, como la única síntesis configuradora de lo que se quería mostrar como la auténtica forma de realidad, apenas si estuvieron relacionadas con la belleza y el arte, un episodio que se produjo casi tan sólo en el mundo moderno occidental. En este sentido, el estudio de las imágenes y su influencia en otras civilizaciones o en otros momentos de la cultura occidental resultaba absolutamente necesario, tanto desde el punto de vista de cantidad como de la cualidad, porque restringir lo cualitativo al concepto artístico occidental moderno supondría una reducción insostenible.

Freedberg se ha atrevido a saltar estas socorridas barreras, sin por ello, al hacerlo, haberse refugiado en el terreno de la psicología de la percepción, lo que significa afrontar un campo casi inexplorado y con no pocos riesgos. Su base de sustentación ha sido lo que él llama "historia y teoría de la respuesta" y que nosotros podríamos traducir como "uso social" o "reacción social" frente a las imágenes a lo largo de la historia. En este sentido, lo abarcado es de una versatilidad casi excesiva, porque concierne por igual a los exvotos, las peregrinaciones, la idolatría en su horizonte popular más amplio, la magia, la política y un largo etcétera. Lo que esta amplitud de miras produce de imprecisión o de arbitrariedad se compensa con lo que tiene de sugerencia y a veces de novedad.

El libro de Brusantín coincide en algunos de estos asuntos, pero el tratamiento es muy diferente, puesto que se plantea lo que la imagen es en sí, no sólo como huella visible de una determinada intención o interés, sino como su ocultamiento. Esto le permi-

te, entre otras cosas, afrontar la actualidad como problema y cuestionar lo que nos pasa todavía hoy de la siguiente manera: "Vivimos en un continuo furor por aparecer, cultivando nuestra desaparición. Hay un convulso movimiento de poblaciones que quieren aparecer y otras que no pueden sino esconderse. El itinerario de las imágenes sugiere lo que puede cogerse, y sepulta, con señales implorantes, lo que se pierde... También las imágenes, igual que los colores, son un juego trágico que abre ventanas que miran a pequeños patios, con lúcidos monstruos que vigilan nuestros sueños".

Francisco Calvo

LAS FILIPICAS. DIEZ AÑOS DE GOBIERNO SOCIALISTA.

1982-1992

Planeta.

Barcelona, 1992

La conmemoración —el pasado mes de octubre— de los diez años de la victoria del PSOE en las elecciones generales de 1982 ha provocado un aluvión de libros y números extraordinarios de revistas dedicados a glosar el período. *Las Filipicas. Diez años de gobierno socialista* se adelantó a esa previsible avalancha. Es falso, sin embargo, que Dios ayude siempre a los madrugadores; la obra de Antonio Guerra (sin ningún lazo de parentesco con el vicesecretario general del PSOE) no es tanto un balance de la década como una amalgama de diatribas arbitristas, ajustes de cuentas personales y emotivos llama-

mientos a la regeneración política y moral de los españoles.

Viejas amistades

Algunas singularidades de *Las Filipicas* se explican tal vez por la biografía política del autor, director de *El Socialista* (órgano oficial del PSOE) hace quince años y firmante de la primera *biografía autorizada* de Felipe González. Tal vez los malos recuerdos de su etapa como *periodista de partido*, cuando fue a la vez víctima y verdugo de la censura interna, expliquen la extrema susceptibilidad de este antiguo militante respecto a los colegas que no comulgan con su peculiar manera actual —bulliciosa y agresiva— de practicar la independencia en el oficio. La célebre distinción de Isaac Deutscher —a propósito de los disidentes comunistas— entre *herejes* y *renegados* no agota las actitudes imaginables de los cismáticos: Antonio Guerra podría figurar entre los fundamentalistas, esto es, entre aquellos que abandonaron el PSOE para seguir fieles a la ortodoxia de Pablo Iglesias. Su añoranza de los *buenos viejos tiempos* de generosidad y camaradería militantes va unida a la creencia de que los socialistas podrían todavía regresar a la buena senda y de que Felipe González —como en *Las manos sucias* de Sartre— es recuperable para la causa. Si bien los países del Este se han derrumbado, no se debe dar por desaparecido "un proyecto que sigue siendo válido para la convivencia, la cultura, la concertación y otras formas de vida, aunque haya fracasado en lo económico en sus formas extremas"; en lo que se refiere al PSOE, "algunas utopías de su programa máximo son hoy tan válidas como ayer".

Ese revolucionarismo cuando menos verbal examina de forma nada complaciente algunas de las áreas afectadas por la acción socialista desde 1983. Pero Antonio Guerra, catedrático de instituto y médico (además de periodista), no siempre logra mantenerse fiel a su proclamada intención de criticar al gobierno desde la *izquierda*; así, sus análisis sobre las reformas educativas y las incompatibilidades médicas dejan traslucir puntos de vista profesionales típicamente corporativistas. (Dicho de paso, resulta poco verosímil su maliciosa afirmación de que los rencores de Felipe González y las frustraciones de su esposa, Carmen Romero, jugaron un papel en la reforma de la enseñanza primaria y secundaria). La justicia, las libertades, la política cultural y la distribución de los ingresos son también objeto de sendas *filípicas*; no faltan las inevitables comparaciones con la dictadura: el Ministerio de Cultura "es lo más parecido a la antigua Secretaría General del Movimiento". La prensa, la política militar y las relaciones con la Iglesia son agrupadas a empellones en el coche-escoba del úl-

timo capítulo, tal vez al percartarse el autor de que se había dejado en el tintero esas cuestiones.

El estilo es, a la vez, florido, dramático y chistoso, ampuloso y coloquial; sin solución de continuidad puede pasar de las metáforas ruborosas al desgarrado tabernario o a la simple grosería. En línea con las peores tradiciones regeneracionistas, las críticas a los políticos por su apuñalamiento de las esperanzas populares se vuelven finalmente contra los potenciales votantes del PSOE. La regeneración política lo es también de las buenas costumbres: un escandalizado Antonio Guerra ilustra su rechazo de la civilización norteamericana con la anécdota de que un adolescente andaluz, estudiante en Estados Unidos, fue seducido a la vez por madre y por la hija de la familia que le alojaba. Cabe temer que las purificadoras virtudes de este neo-regeneracionismo sean en definitiva peores que los decadentes vicios que tratan de suprimir; la alianza entre puritanismo y demagogia sólo sirve para alimentar las hogueras de la Inquisición.

Javier Pradera